

los, vuestro emperador clementísimo? Mucho tiempo hacia que no me nombrábais así.—Soy el prisionero de Vuestra Magestad Imperial, continuó el elector, y espero se me respetará y tratará como príncipe.—Se os tratará como merecéis, le contestó bruscamente Carlos, y le volvió la espalda. El rey de Romanos le dijo palabras todavía mas ultrajantes, y el desgraciado prisionero siguió sin replicar la escolta que le condujo al campo del duque de Alba <sup>(1)</sup>.

Al dar parte de esta batalla escribía el emperador imitando el célebre, *Veni, vidi, vici*, de César: «*Vine, vi, y Dios ha vencido.*» Después de dos dias de descanso marchó sobre Wittemberg, capital de la Sajonia y una de las ciudades mas fuertes de Alemania. Defendía con buena guarnicion la esposa del elector, Sibila de Cléves, muger distinguida por su valor y su talento, que pudo recordar Carlos V. en Wittemberg á doña María Pacheco, muger de Juan de Padilla, en Toledo. Pero el príncipe sajón no habia muerto como el capitán castellano, y esto inspiró al emperador la idea de emplear un espediente indigno de su grandeza para intimidar y ablandar á la esposa de su ilustre prisionero. Careciendo de elementos para tomar la ciudad, por mas que ligeramente le hubiera prometido el duque Mauricio pro-

(1) Descript. pugnae Muhlberg, ap. Scard.—Hortens. De Bello german.—Heuter. Rer. Austriac., libro XII.—Sleidan, Historia de la

Ref.—Relacion de la batalla de Muhlberg, por el obispo de Arras, testigo ocular.

porcionárselos, y viendo que Sibila contestaba con heróica altivez á sus intimaciones de rendicion, envió un heraldo á decir á la ilustre princesa y á sus hijos (el mayor de los cuales habia sido herido en la batalla), que si no entregaban la ciudad, haria juzgar al elector, y les enviaria la cabeza del esposo y del padre. Y para hacerles ver que no era una simple amenaza, mandó formarle proceso, no con arreglo á las leyes del cuerpo germánico, sino encomendándole á un consejo de generales italianos y españoles, presidido por el duque de Alba. El terrible tribunal después de breves trámites consideró al elector como convicto de traicion y rebeldía, y le condenó á ser decapitado.

Jugando al ajedrez se hallaba el sentenciado, con su compañero de prision Ernesto de Brunswick, cuando se le comunicó la sentencia. Oyóla sin turbarse, y creciendo con la desgracia su grandeza de ánimo: «¡Quiera Dios, dijo, que esta sentencia aflija á mi esposa y á mis hijos tan poco como á mi me intimida, y que no renuncien á los títulos y posesiones á que los destinó su nacimiento porque yo viva unos dias mas.» Y prosiguió jugando tranquilamente su partida. Otra impresion hizo en su esposa la noticia del rudo fallo del tribunal. La idea de la sangrienta ejecucion la horrorizaba, y cayendo de ánimo aquella muger varonil, el ansia de salvar á su esposo la hizo ceder, hasta enviar mensajes al emperador pa-



ra que fijara el precio de la vida del desventurado príncipe. Intercedían al mismo tiempo en su favor el duque de Cléves, el elector de Brandeburg, y muy principalmente el duque Mauricio, por el interés que tenía en no acarrearle la odiosidad de toda la Sajonia, cuyo país se reconquistaba para él. El mismo sentenciado, tan animoso é impasible hasta entonces, no pudo resistir á las súplicas y á las lágrimas de su esposa y de sus hijos. Y como el emperador hubiera hecho acaso pronunciar la sentencia, mas con el fin de intimidar que con ánimo de ejecutarla, hizóle por último merced de la vida bajó las duras condiciones siguientes.

La dignidad electoral de Sajonia quedaria en manos del emperador para disponer de ella á su voluntad:—serian entregadas al mismo tiempo las ciudades de Wittemberg y Gotha:—el margrave Alberto de Brandeburg seria puesto en libertad sin rescate:—el elector renunciaria para siempre á toda alianza contra el emperador y rey de Romanos:—reconocería y obedecería los decretos de la cámara imperial:—permanecería prisionero del emperador todo el tiempo que este quisiere retenerle. En cambio el emperador le dejaba la vida, y le señalaba para su manutencion la ciudad y territorio de Gotha, con una pension de 50,000 florines, obligándose tambien á pagar sus deudas. Quiso ademas imponerle la condicion de someterse á los decretos del papa y del con-

cilio de Trento, pero en esto le halló tan inflexible, que no hubiera vacilado en renunciar á la vida antes que á sus creencias, lo cual obligó al emperador á ceder sobre este punto, y los españoles mismos admiraron y respetaron su entereza <sup>(1)</sup>.

Entregóse, pues, la capital de Sajonia á las tropas del emperador, y ondearon en cuatro puntos de la ciudad las banderas imperiales (19 de mayo, 1547). Tanto como hasta entonces habia sido Carlos V. duro y severo, mostróse luego indulgente y hasta galante. Los sajones se maravillaron de las atenciones que guardaba al príncipe elector, á quien servian en el pabellon del duque de Alba los grandes de Castilla. Su esposa se presentó al César vencedor en traje de luto, y Carlos, no solo la trató con amabilidad, sino que imitando la conducta de Alejandro con la madre y la esposa de Darío, pasó al dia siguiente á visitar en su palacio á la duquesa, y permitió al elector que que pasára unos dias con su familia. Mostró al propio tiempo Carlos V. una estraña tolerancia religiosa. En la capilla del castillo vió el sepulcro de Lutero. Cuéntase que el duque de Alba y algunos otros le aconsejaban que hiciera desenterrar y reducir á cenizas su cadáver, y que él respondió: «Dejadle reposar; ya ha encontrado su juez; yo hago la guerra á los vivos y no á los muertos.» Con esto, y con poner al duque

(1) Dumont, Corps Diplomat. lib. XXIX., pár. 25.—Robertson, IV.—Sleid. ubi sup.—Sardoval, libro IX.



Mauricio en posesion del electorado y gobierno de Sajonia, partió de Wittemberg para Halle á atacar al landgrave de Hesse, el segundo gefe de la liga protestante, y único que le faltaba subyugar.

Por fuerte que quisiera mostrarse el landgrave, érale imposible resistir al inmenso poder del victorioso emperador. Mas la circunstancia de ser yerno suyo el duque Mauricio, hizo que éste, en union con el margrave de Brandeburg, se interpusieran y mediaran entre él y el César. «Bien, dijo un dia Carlos á los activos mediadores, si el landgrave se entrega á discrecion y suscribe á todas las condiciones que yo le proponga, no le tomaré su territorio y le dejaré la vida y la libertad.» Las condiciones eran: ponerse llanamente en sus manos, y venir á su presencia á pedirle humildemente perdon; prestarle juramento de fidelidad; reconocer la cámara del imperio; demoler todas las fortalezas de su estado; poner en libertad á Enrique de Brunswick; pagarle 150,000 florines de oro para indemnizacion de gastos de guerra, y otras por este órden, y semejantes á las que habia impuesto á Juan Federico de Sajonia. De tal modo confiaban los mediadores en la palabra del emperador, que se comprometieron con el landgrave, en caso que no la cumpliese, á entregarse ellos mismos prisioneros á sus hijos (1).

(1) Estas condiciones las habian de firmar tambien el marqués de Brandeburg, el duque Mauricio, el conde Palatino del Rhin, y el Gran Maestro de Prusia.

En esta confianza presentóse el landgrave al emperador en Halle de Sajonia (19 de junio). Recibióle Carlos sentado en un trono, circundado de toda la grandeza alemana, italiana y española. El príncipe, puesto de rodillas delante del trono, mandó leer á su canciller, tambien en la misma postura, un discurso pidiendo humildemente perdon al César, y ofreciendo consagrarse enteramente á su servicio (1). Contestóle el emperador con otro, que leyó uno de sus secretarios, otorgándole el perdon, y ofreciendo no castigarle con muerte, como merecia, ni con prision perpétua ni confiscacion de bienes; y se despidió de él sin tocarle la mano, ni hacerle otra demostracion de cortesía (2). Aquella tarde comió el príncipe con el duque Mauricio y el de Brandeburg en casa del duque de Alba, y cuando se iba á retirar, le intimó el de Alba que quedaba prisionero, con gran sorpresa del landgrave y no menor de sus dos mediadores. En vano se quejaron estos, primeramente al de Alba, y despues al emperador, esponiéndoles el compromiso en que, fiados de la palabra imperial, se habian empeñado, al propio tiempo que se esforzaban por jus-

(1) El discurso empezaba: «Serenisimo, muy alto y muy poderoso, victorioso é invencible príncipe, emperador y gracioso señor. Habiendo Felipe, landgrave de Hesse, ofendido en esta guerra gravísimamente á V. M., etc.» — Se halla en Sandoval, lib. XXIX., párrafo 49.

(2) Cuentan las historias alemanas, que como el emperador creyese advertir que el príncipe se sonrió una vez, como maravillado de la humillante posicion á que se veia reducido, dijo en flamenco alzando el dedo: «Vol, ick soll di lachen lehren: bien, yo te enseñaré á reir.»



tificar para con el landgrave su inculpabilidad. El emperador les respondió que ignoraba las obligaciones particulares que con el preso hubieran contraído, pero que él no le había ofrecido una absoluta libertad, sino solamente no tenerle en prision perpétua <sup>(1)</sup>. Nada alcanzó á ablandar al emperador; ni las nuevas reflexiones, instancias y esfuerzos de los dos mediadores, ni las desesperadas quejas del landgrave, ni el resignado silencio que las reemplazó por consejo de sus amigos, ni la ejecución por su parte de todo lo pactado para ver de merecer la libertad; todo fué inútil, y Carlos V. recorrió varias ciudades de Alemania llevando siempre consigo los dos príncipes prisioneros, el de Sajonia y el de Hesse, ofreciéndolos en espectáculo á todo el cuerpo germánico, y como haciendo gala y lujo de deprimir y afrentar á los vencidos, siquiera hubiese de ~~exagerar~~ con tal conducta á los pueblos que la presenciaban.

Iba Carlos V. despojando de todos los medios de defensa las provincias sometidas, al modo de los emperadores romanos cuando aspiraban á enseñorear el mundo. Entre imposiciones y multas, ya como tributo, ya como castigo, les estrajo mas de un millon y seiscientas mil coronas. Dejó desnudas de artillería las plazas rendidas; y de los cañones que recogió, en

(1) En efecto, en el documento consta así, pero algunos historiadores alemanes sostienen, que los ministros del emperador alteraron el texto del tratado al tiempo de copiarle.

número de quinientos, hizo trasportar una parte á Flandes, otra á Milan, otra á Nápoles y otra á España, para que en todos sus estados viesen estos terribles y auténticos testimonios de sus triunfos. El papa, en una carta gratulatoria, aunque dictada sin duda más por la política que por el afecto, le lisonjeaba añadiendo á los títulos que ya tenía los de «*Máximo, Fortísimo, Augusto, Germánico, Invictísimo y verdaderamente Católico.*»

Allanada así la Alemania protestante, pasó Carlos V. á Bohemia á dar favor á su hermano Fernando en las cosas de aquel reino, minado y conmovido también por la herejía luterana, y en que después de una lucha entre el pueblo y el rey, pugnando aquel por sostener la libertad política y adquirir la libertad de conciencia, y éste por sofocar la herejía y cercenarle sus antiguos privilegios, quedó al fin victorioso el monarca, mudando á su gusto la forma de gobierno, ensanchando las prerogativas reales, y castigando con muertes, confiscaciones y destierros á los principales proclamadores de la libertad política y religiosa.

Vencida la rebelion armada de las provincias germánicas protestantes, faltábale al emperador hacerles reconocer la autoridad del concilio de Trento, y á este fin convocó la dieta imperial en Augsburgo, donde él se trasladó (setiembre, 1547), haciendo acuartelar dentro de la ciudad las tropas españolas y acantonando las demas en las aldeas comarcanas.



Desde luego se apoderó de los templos, los hizo purificar, y restableció en ellos con gran pompa el culto católico. Concurrieron á esta dieta multitud de príncipes, embajadores y miembros del imperio. Juntáronse allí los tres hermanos, Cárlos V., Fernando rey de Bohemia, y la reina viuda gobernadora de Flandes, María la Valerosa. Trataba ya el emperador, en vista de las dolencias que le fatigaban, de que su hijo Felipe, que habia de sucederle en el reino de España que á la sazón en ausencia de su padre regía, le sucediese también en el imperio; y esto lo consultó con la reina María su hermana, que era princesa, como dice un antiguo historiador, «en quien cabian estas cosas y otras mayores,» la cual siendo del mismo parecer, se encargó de negociar con su hermano Fernando que quisiese renunciar aquella alta dignidad en su sobrino Felipe. Pero opúsole un pensamiento el rey de Romanos y lo resistió con tan fuertes razones, y mostró de ello tal pesadumbre, que no quiso el emperador que se tratase mas de tal asunto.

Un acontecimiento terrible vino á complicar, apenas reunida la dieta, los ya harto enredados negocios religiosos y políticos de Europa. El hijo del papa, Pedro Luis Farnesio, duque de Parma y de Plasencia; enemigo del emperador por no haberle querido dar la investidura de aquellos estados, acababa de ser asesinado en la última de las dos ciudades (setiembre, 1547). La causa de tan lamentable suceso fué

la siguiente. Culpábase al Farnesio de haber sido uno de los principales promovedores de la conjuración de Fieschi en Génova contra los Dorias, favorecidos del emperador. Indignado de tan infucua acción el príncipe Andrés Doria, é irritado además por la muerte que habia costado á su sobrino Joannetin, sabiendo por otra parte cuán aborrecido era Pedro Luis Farnesio de sus propios súbditos por sus vicios y tiranías, tramó á su vez una conspiración contra él, de acuerdo con Fernando de Gonzaga, virey de Sicilia, y en la cual no le fué difícil hacer entrar á varios nobles de Plasencia. La trama fué tan diestramente conducida, que llegó sin obstáculo á su ejecución y complemento. Sorprendieron un día los conjurados las puertas de la ciudadela de Plasencia donde el duque se hallaba, y á las voces de ¡muera el tirano! le cogieron á patadas, sin darle lugar, como dice un historiador, á que pudiera decir: «¡Dios, valme!» Disparáronse tres cañonazos, y cuando al estampido del cañón acudió el pueblo á la ciudadela, vió ya colgado por los pies de una ventana del castillo el ensangrentado cadáver del tirano.

Tanto era el odio que el pueblo le tenia, que no solo no se compadeció nadie de él, sino que pueblo, senado y nobleza, todos celebraron el hecho, y nadie pensó en vengar su muerte. Por el contrario, dos días estuvo el cadáver arrojado en el foso de la ciudadela, y hubo dificultades para que quisieran darle



sepultura. Los conjurados salieron proclamando ¡imperio y libertad!, y como verdaderos libertadores fueron acogidos por la población los autores del asesinato. Inmediatamente se dió aviso á don Fernando de Gonzaga, que en Cremona aguardaba la noticia del suceso, y avanzando con un cuerpo de tropas imperiales, tomó posesion de Plasencia á nombre de Carlos V., y restituyó á la ciudad sus antiguos privilegios (1).

Solamente el pontífice Paulo III. intentó vengar la muerte de su hijo, si bien todas las tentativas se le frustraron. Quejóse primeramente al emperador, pidió que castigara á Gonzaga, y que diera el señorío de Plasencia á su nieto Octavio. Viendo que Carlos V. no estaba en ánimo de desprenderse de la posesion

(1) Pallavicini y Paolo Sarpi, en sus respectivas historias.—Leo et Rotta, Hist. de Italia.—El obispo Sandoval, despues de referir el asesinato del duque Farnesio, añade: «Verdaderamente que los mayores escosivos que se hacen con bienes de la Iglesia no tienen otros fines mas dichosos. Este remate tuvieron los cuidados de engrandecer Paulo III á su hijo, y dióle tanto, que en este año acabó la vida.» Hist. del Emperador, lib. XXIX., pár. 37.

Salazar, en las Glorias de la casa de Farnese, hablando de este principe, dice: «Siendo Paulo III en el pontificado de Julio II. legado de la Marca de Ancona, adquirió la amistad de una doncella noble, que dicen rindió con la promesa de matrimonio, supo-

niéndose uno de sus principales domésticos, y nació en ella á Pedro Luis, á Vanucio y á Constantza Farnese, condesa de Santa Flora. Otros dicen que la madre de estos principes fué una señora romana de la casa Rufina, de antiquísima nobleza.» Refiere otras opiniones y añade: «La desercencia de las personas causa siempre este silencio, y por eso no sabemos aun quién fué madre de Francisco Cibo, hijo de Inocencio VIII., y progenitor de los principes de Masa. No se sabe en quién hubo Julio II á Felice de la Rovere, señora de Brachano. En quién Gregorio XIII. á Jacobo, duque de Lovaina, y en quién Clemente VII. á Alejandro de Médicis I., duque de Florencia.» Casa de Farnese, pág. 34.

de Plasencia, quiso ligarse contra el emperador con Enrique II. de Francia, y el nuevo monarca francés no hizo sino entretenerle con palabras y promesas vagas. Provocó el ódio de los venecianos contra Andréa Doria, y quiso que se le unieran para arrojar de Italia á los imperiales, y lo que sacó de estas negociaciones fué que el marqués de Massa que andaba en ellas fuera preso por Fernando de Gonzaga y decapitado en la plaza de Milan. Con esto se limitó á ahogar dentro del corazon su resentimiento y á disimularle.

Entretanto, habiendo propuesto el emperador á la dieta de Augsburgo el reconocimiento del concilio, habia logrado á vueltas de mil dificultades, y á fuerza de maña y de sagacidad, que los principes del imperio, con gusto unos y por temor otros, se sometieran á las decisiones de aquella asamblea. Pese por desentendido de las condiciones que para ello exigian los diputados de las ciudades, y sin leerlas, y suponiendo su consentimiento como si aquellas no existiesen, les dió las gracias, ellos callaron, y bajo esta ambigua aprobacion envió al papa una solicitud á nombre de todo el cuerpo germánico, pidiendo que se trasladáran los prelados de Bolonia á Trento y continuára allí el concilio sus sesiones. A fuertes, duras y nada respetuosas y sí muy lamentables contestaciones dió lugar esta lastimosa disidencia entre Carlos V. y Paulo III. (diciembre, 1547), negándose el pontífice y los prelados de Bolonia á volver á Trento y á



reconocer lo que determináran los obispos que se mantenían en esta ciudad, y protestando el emperador y los obispos y príncipes de su partido contra la validez de lo que se definiera en Bolonia, hasta hacerlo declarar así por medio de un embajador imperial enviado á Roma (enero, 1548), á presencia del papa, de los cardenales y de los ministros extranjeros (1).

Amenazaba pues á la Iglesia un deplorable cisma: el pontífice no cedia en manera alguna; su nombre era odiado en Alemania, y no había que esperar que el cuerpo germánico se sometiera á las decisiones del concilio, mientras permaneciera en Bolonia, ciudad sujeta al papa, cuando tanto trabajo había costado que accediesen los alemanes á que se celebrara en Trento. En este conflicto, el emperador, que como protector de la Iglesia católica tenía graves deberes que llenar, y como jefe del imperio solemnes compromisos que cumplir; que conocía el espíritu del pueblo alemán; que temía una completa escisión y quería dar á la cuestión religiosa el giro mas favorable posible en favor del catolicismo y sacar el par-

(1) Tenemos á la vista copia sacada por nosotros del Archivo de Simancas, de la carta que este embajador dirigió á Carlos V. dándole cuenta de su entrevista y conferencia con el pontífice, ya sobre el negocio del concilio, ya sobre todos los demás asuntos entonces pendientes. (Negociado de Estado, legajo 875, fól. 2, Roma). Daremos por apéndice algunos de estos interesantes documentos para que pueda el lector formar idea de la energía de Carlos V. y de sus agentes, y del modo como se trataban estas cosas entre el jefe de la Iglesia y del imperio.

tido mas ventajoso que permitian las circunstancias, discurrió, creémos que con la mejor fé, apelar á un medio conciliatorio, que fué el de hacer redactar un sistema de doctrina, al cual se hubieran de conformar los pueblos hasta la definitiva decision de un concilio tal como se deseaba. Encomendó esta obra á tres insignes teólogos, Sflug, Helling y Agrícola, los dos primeros católicos romanos, el tercero protestante. Convinieron estos en las bases y reglas de la doctrina religiosa, á escepcion de dos puntos que el protestante quiso conservar para los de su partido, á saber, el matrimonio de los clérigos y la comunión bajo las dos especies, reconociendo por lo demas la potestad del papa, la misa, y hasta el símbolo de la fé católica. Adoptó el emperador este escrito, cuyo título era: «Declaracion de S. M. imperial y real, que determina cuál debe ser la religion en el santo imperio romano hasta la celebracion de un concilio general.» Convocó la dieta para el 15 de mayo (1548), é hizo dar lectura de él para su aprobacion. Este fué el famoso escrito conocido con el nombre de *Interim* (1).

(1) «Este fué el libro del Interim (dice nuestro obispo Sandoval), por el cual han querido calumniar tanto al emperador, y hacerle odioso y sospechoso en las cosas de la potestad del papa, diciendo que se metió en la jurisdiccion del pontífice romano, á quien tocaba el nombramiento de las personas que habian de hacer esto. Y dicen ellos bien, si el papa y sus obras fueran recibidas en Ale-

mania, pero aun su nombre era mas que odioso, y jamás se acabara cosa con los alemanes por vía del papa... Lo cual (prosigue) el César como protector y defensor de la potestad apostólica, y capitán general de la Iglesia, pudo y debió hacer, cuando no bastaban las fuerzas del papa y se menospreciaban sus censuras.» Libro XXX., pár. 4.º



Levantóse, apenas concluida la lectura, el arzobispo de Maguncia, presidente del colegio electoral, y dando las gracias al emperador á nombre de todos, declaró que quedaba aceptado el nuevo sistema de doctrina, y que haria guardar lo en él contenido, y el emperador lo tomó por aprobado, y disuelta la dieta mandó publicar el *Interim* en latin y en aleman para su observancia. Pero engañáronse en esto el emperador y el arzobispo. Ambos partidos se pronunciaron con igual violencia contra la doctrina del documento: los protestantes, por las máximas papistas que en él se sentaban; los católicos por los puntos luteranos que se conservaban en él, y porque no reconocian autoridad en un lego para dictar reglamentos en materias de religion. Tomóse en la córte de Roma como una usurpacion de la potestad eclesiástica, y habia quien hablaba de Carlos V. como de Enrique VIII., y el papa confiaba en que habria de durar poco un sistema que todos atacaban y ninguno defendia.

Mandó á pesar de todo el emperador que se ejecutára y cumpliera el *Interim*. Pero halló una declarada resistencia en la mayor parte de los príncipes del imperio, aun en los mismos amigos suyos; y no hubo medio de reducir al elector de Sajonia, á quien retenia prisionero, no alcanzando ni promesas ni amenazas, ni halagos ni rigor, á doblegar la firmeza de aquel inflexible luterano. Mayor fué todavía la

oposicion de las ciudades imperiales. Strasburgo, Constanza, Bremen, Magdeburgo y otras se negaron á admitirle. Propúsose Carlos hacerles respetar su autoridad, y usar de rigor con ellas. Marchó pues con las tropas españolas sobre Constanza, la combatió y rindió; obligó á sus habitantes á prestar juramento al *Interim*, y mudó su forma de gobierno. Ejecutó lo mismo en Augsburgo, en Ulm, en Spira, en Maguncia y en Colonia; y subyugadas asi las ciudades de Alemania, bien que en los espíritus y en los corazones dejara concentrado el resentimiento, la indignacion y el odio, volvió á los Países Bajos (setiembre, 1548), para hacer recibir tambien el *Interim* á las ciudades flamencas, llevando consigo como trofeos los dos prisioneros príncipes, el de Sajonia y el de Hesse, al último de los cuales dejó encerrado en la fortaleza de Malinas con guardia española (1).

En Flandes supo el emperador que el concilio de Bolonia se habia suspendido y prorogado indefinidamente, y que los prelados se habian disuelto y retirado. El pontífice Paulo habia creído prudente tomar esta medida, atendido lo crítico de las circunstancias. El emperador, por el contrario, mandó á los obispos de su partido que permanecieran en Trento, donde esperaba que algun dia continuarían las sesiones, y prevaleció de la conducta del papa para seguir tratán-

(1) Las únicas ciudades imperiales de consideracion que no se sometieron á la voluntad de Carlos en lo del *Interim*, fueron Magdeburgo, Bréne, Hamburgo y Lubeck.



dole con dureza, y representarle como un hombre que no queria cumplir con los deberes de su alta dignidad y oficio (1).

No habia motivado el viage de Carlos á Flandes el solo objeto de hacer aceptar la creencia interina á las ciudades renitentes de aquellos dominios. Tiempo hacia ya que su gota, sus dolencias, sus trabajos y padecimientos le habian hecho pensar, segun hemos indicado, en hacer reconocer á su hijo Felipe por los estados de Flandes como su legítimo heredero. Llamóle ahora allá, y aun envió al duque de Alba á buscarle, escribiendo al propio efecto á los nobles y ciudades de Castilla y de Aragon. En su virtud partió el príncipe de Valladolid (1.º de octubre, 1548), dejando por gobernadores de España al archiduque Maximiliano de Austria y á su hermana doña María, que acababan de casarse, y era de Austria su primo recién llegado. Embarcóse Felipe (19 de octubre) con magnífico y brillante cortejo en las galeras de Andrés Doria. Desembarcó en Génova, fué á Milan, atravesó una parte de Alemania, siendo en todas partes recibido con tales agasajos y festejos cuales rara vez se habian hecho á príncipe alguno, y así llegó á los Países Bajos, donde le dejaremos por ahora para dar cuenta de otros sucesos.

(1) Conocido ya por algunos documentos que hemos citado el lenguaje que el emperador solia usar en las quejas del pontífice, creemos innecesario añadir otros en que le trata ba con la misma ó mayor acritud.

## CAPITULO XXVIII.

### CARLOS V. Y MAURICIO DE SAJONIA.

De 1548 á 1552.

Guerra de Parma y Plasencia.—Octavio Farnesio.—Muerte del papa Paulo III.—Eleccion de Julio III.—Convoca de nuevo el concilio de Trento.—Dieta de Augsburgo y lo que se trató en ella.—El duque Mauricio de Sajonia.—Misteriosa y artera política de este príncipe.—Favorece y persigue á un tiempo á católicos y protestantes.—Engaña y entretiene al emperador y á los confederados.—Segunda apertura del concilio de Trento.—Protesta del rey de Francia en el concilio.—Guerra de Parma entre el papa, el emperador, el rey de Francia y Octavio Farnesio.—Refuerza el emperador el concilio.—Traslada Carlos su residencia á Inspruck.—El duque Mauricio se confedera con el rey de Francia contra el emperador, y conquista la ciudad de Magdeburgo para Carlos V.—Tenebrosa y sagaz política del duque.—Arroja la máscara y se hace el jefe de los protestantes.—Apuro en que pone al emperador.—Desastrosa fuga de Carlos V.—Ejército francés en Alemania.—Conferencias del duque Mauricio y el rey Fernando.—Terror de los padres del concilio: se disuelve y se prorroga.—Situacion del emperador.—Se ve obligado á transigir con Mauricio de Sajonia.—Tratado de Passau, favorable á los protestantes.—Decadencia del emperador.—Reflexiones.

Mientras el príncipe don Felipe de España, hijo de Carlos V., era reconocido y jurado por las ciudades